

♦ *La tragedia de Colosio*, de Héctor Aguilar Camín y *Así fue/La historia detrás de la bala que truncó el futuro de México*, de Federico Arreola ♦ *¿Quién mató a Daniel Pearl?*, de Bernard-Henri Lévy ♦ *Cuentos completos I y II*, de Francisco Tario ♦ *El voto de las mujeres*, de Sara Lovera y Yoloxóchitl Casas ♦ *Globalización, desigualdad y pobreza*, de Guillermo de la Dehesa ♦ *Historias de caza*, de Javier García-Galiano ♦ *Elizabeth Costello*, de J. M. Coetzee ♦

LIBROS

BIOGRAFÍA

Rulfo: paisaje del alma del vidente



Nuria Amat, *Juan Rulfo*, Ediciones Omega, Barcelona, 2003, 517 pp.

Reina Roffé, *Juan Rulfo, las mañanas del zorro*, Espasa-Calpe, Madrid, 2003, 301 pp.

Alberto Vital, *Noticias sobre Juan Rulfo*, Editorial RM, México, 2003, 212 pp.

¿Quién fue Juan Rulfo, el escritor condenado a protagonizar uno de los casos más equívocos y polémicos de la literatura contemporánea? ¿Fue el burro que tocó la flauta, una suerte de idiota en estado de gracia a quien la inspiración poética tomó con virulencia para arrojarlo exhausto, una vez escritas dos breves obras maestras, hacia la esterilidad? ¿O más bien fue un moderno excepcional cuyo atormentado temple ético le impidió volver a publicar, sabedor de que su mensaje había sido transmi-

tido de una manera tan perfecta que cualquier redundancia habría ido en demérito de su posteridad? ¿Desde fines de los años cincuenta del siglo pasado Rulfo continuó escribiendo novelas y cuentos que acabó por destruir, insatisfecho, antes de su muerte, o en realidad no volvió a redactar más que escasos y vacilantes borradores, aplastado por la fama, requerido con urgencia por el mundo?

Al reino de Rulfo, clásico en vida, van llegando los biógrafos sólo para corroborar que no hay soluciones definitivas al esquivo misterio que entraña su obra. Leyendo las biografías de Nuria Amat, Reina Roffé y Alberto Vital queda claro que el caso Rulfo se compone de tres problemas, íntimamente relacionados, pero distintos: la inspiración, la recepción y el silencio. En el primer caso, la trayectoria de Rulfo, antes de la publicación de *Pedro Páramo* (1955), provocaba una irritante

suspiciacia, como si hasta ese momento, su bien conocida biografía –no otra que la de un discreto escritor provinciano que triunfa en la metrópoli– fuese a todas luces insuficiente para explicar la genialidad de su obra. Las discusiones sobre la composición de *Pedro Páramo* exhibían la embarazosa sospecha de un Juan Rulfo que, en 1954, no habría sido capaz de culminar la novela sin recurrir al auxilio de Antonio Alatorre y Juan José Arreola, o a la talacha del poeta Alí Chumacero, su editor en el Fondo de Cultura Económica. Mientras que Arreola se desdijo de la famosa sesión en que él y Alatorre habrían resuelto el acertijo de las cuartillas rulfianas, Chumacero, quien hizo pública en 1955 su reticencia ante *Pedro Páramo*, ha preferido dejar correr la especie de que él fue para Rulfo lo que Pound para Eliot.

La investigación sobre el mecanuscrito de *Pedro Páramo* archivado en el FCE ha demostrado que la versión entregada por Rulfo fue por entero obra suya y que los editores sólo corrigieron minucias. Creo que ya nadie duda del completo dominio de Rulfo sobre sus poderes artísticos, ese método cuyo “inquietante enigma” obsesionaba a Salvador Elizondo, su viejo colega. Pero la suspiciacia ha provocado que algunos de sus exégetas –Alberto Vital entre ellos– se desplacen hacia el

otro extremo, proponiendo un imposible Rulfo angélico, etérea criatura rilkeana con una relación apenas accidental con la vida literaria, supuesto dueño de virtudes intelectuales de las que careció y que su obra no necesita. Esta hipótesis, paradójicamente, convierte a Rulfo, otra vez, en el “burro que tocó la flauta”, según la expresión de Federico Campbell, la fuente más inteligente y comprensiva entre los amigos de Rulfo. Dado que se había dudado de que fuese capaz de culminar *Pedro Páramo*, es natural que el propio Rulfo—como lo señala Reina Roffé— se obsesionase con la leyenda de su propia originalidad, llegando a asegurar—contra toda evidencia biográfica y estilística— que ni a Faulkner había leído antes de publicar *El llano en llamas* en 1953.

Yo prefiero un Rulfo real, sometido a la determinante influencia epocal de Faulkner lo mismo que al venturoso accidente de haber conocido y leído a la chilena María Luisa Bombal, la autora de *La amortajada* (1938), su hermana en el estilo y el espíritu. Ese Rulfo, un joven escritor arropado por buenos amigos como Alatorre y Arreola, un lector voraz que en Guadalajara y en México va construyendo su obra con milimétrica precisión, me parece más lógico y entrañable que aquella reconstrucción romántica que privilegia al genio sobre el hombre. Rulfo formaría parte de la legión de los poetas videntes, como yo lo creo, siempre y cuando se acepte que su inspiración proviene no sólo de la tierra nativa y de su ordinaria rotación, sino de ese mundo de los libros donde se alimentó profundamente de Halldor Laxness, Knut Hamsun o Jean Giono.

Muchos años después, en el cenit de su fama, Rulfo volvió a poner en duda, de manera caprichosa o jocosidad, su propia autoría, declarando en la Universidad Central de Venezuela, en 1974, que su ya largo silencio literario se debía a la muerte de su tío Celerino, quien le contaba las historias. Lo curioso es que la *boutade* de Rulfo dio en el blanco y de inmediato aparecieron los previsibles gramatólogos dilucidando la tradición oral como fuente del milagro rulfiano. Ningún tío Celeri-

no, de este mundo o del más allá, podría haberle dictado nada a Rulfo, un escritor, si se le lee bien, escasamente anecdótico. Pero el asunto viene a cuento de la insistencia de Nuria Amat y de Reina Roffé en relacionar a Rulfo con *Bartleby*, el escribiente de Melville. Creo que Rulfo sólo fue *Bartleby* en un sentido: prefirió no hacerlo, es decir, prefirió no volver a escribir aunque se presentó rutinariamente, hasta su muerte, a la oficina de la literatura mundial.

El problema de la recepción, o de “la construcción de la fama pública”, como la llamó Leonardo Martínez Carrizales en *Juan Rulfo, los caminos de la fama pública* (1998), se ha ido resolviendo de manera satisfactoria. Es mentira que Rulfo haya sido ignorado y a la distancia resulta sorprendente la rapidez con que la radical novedad de su obra se impuso, gracias a los empeños, justamente reconocidos por los biógrafos, de personalidades como Mariana Frenk, su traductora al alemán, o de Carlos Fuentes, que lo dio a conocer en Francia.

En un principio, a Rulfo se le consideró como la coda o el holocausto del viejo realismo novelesco de la Revolución Mexicana, cuyos hijos predilectos, los campesinos, gemían como almas en pena gracias al arte de Rulfo, prueba del fracaso y de la inconsecuencia del régimen posrevolucionario. Y entre los gafes propios de las primeras lecturas rulfianas destaca aquel que hacía creer que en su obra “era el indio el que hablaba”. Suponer que los personajes de Rulfo pertenecían a una generalidad llamada “indios” es una nota ilustrativa de lo poco que entonces sabían los universitarios de la ciudad de México (para no hablar de los extranjeros) de ese mundo indígena del que todos los letrados, cincuenta años después, nos sentimos especialistas. Los seres rulfianos son rancheros de viejo linaje castellano, como lo subraya hasta Nuria Amat, tan dada en su *Juan Rulfo* a caer en los habituales tópicos mexicanistas. Y pronto se supo, dada la frecuencia con la que Rulfo era encuestado, que los saldos bélicos de su narrativa correspondían más bien a la Guerra Cristera de

1926-1929, que al posterior fracaso del reparto agrario.

A la necedad sociológica de identificar al sujeto rulfiano con alguna de las criaturas de la Revolución Mexicana, se sumó la dicotomía propuesta por Emmanuel Carballo en 1954, en la que Rulfo representaría el realismo mientras que Arreola, su paisano y rival, encarnaría el polo fantástico en nuestras letras. Esa oposición, que hoy nos parece elemental y desencaminada, es consecuencia de esa angustia taxonómica que padecemos los críticos. Si bien es inexacto decir que *Pedro Páramo* es una novela fantástica, hoy día es leída como la obra de un vidente, el fragmento mítico que narra el trasiego entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, donde Comala aparece como el limbo o una forma de paraíso infernal.

Ninguno de los biógrafos de Rulfo, demasiado atentos al peso desquiciante que la fama internacional tuvo sobre el escritor, se aventura a investigar la historia de su recepción universal. *Pedro Páramo*, a diferencia de otras obras hispanoamericanas, pronto cesó de ser asociada a alguna de nuestras ontologías nacionales. La novela se impuso universalmente, atravesando la historia y sus lenguas, pues Pedro Páramo, como lo advirtió Juan García Ponce en 1971, es un personaje de la familia homérica y como Ulises, al ser Nadie, reúne un crisol de arquetipos. Y los excesos de una interpretación que despojase a Rulfo de toda particularidad se mitigaron al plantearse, como yo lo creo, que la universalidad de Rulfo proviene de su capacidad, sólo comparable a la de Faulkner, de retratar el mito del patriarca y de la destrucción de la comunidad agraria, herida del cuerpo civilizatorio que tornó legible el mensaje rulfiano en el mundo.

Abierta a todas las interpretaciones, la recepción de la obra de Rulfo plantea un problema biográfico que sólo Reina Roffé, en *Juan Rulfo, las mañas del zorro*, toma en cuenta. No más ni menos que otros escritores célebres, Rulfo se sintió perseguido e incomprendido en la misma proporción en que se multiplicaba astro-

nómicamente la rulfología. En su caso, pareciera que Rulfo se ninguneaba a sí mismo, hipersensible ante la angustia que le causaba la infertilidad. La vanidad herida, que en otros autores se cura (y se cura a medias) a través de la escritura compulsiva y la publicación incesante, en Rulfo se ahogaba en “rencor vivo”.

Reina Roffé pone los puntos sobre las íes al denunciar la santurronería y el delirio persecutorio que ha caracterizado al entorno de Rulfo, recordando que “ante la idea de que los otros lo perseguían para señalarle sus fallos o se cebaban en él para mortificarlo y no dejarlo vivir en paz, se fue alimentando la concepción, en cierta forma paranoica, de que existía una suerte de complot contra Rulfo para perjudicarlo. Todavía hoy se habla de la existencia de una recua de conspiradores que quieren dañar su memoria e impiden una auténtica valoración crítica de su obra, como si ésta no se hubiera realizado suficientemente. Sus panegiristas no hacen más que propagar la leyenda de un Rulfo víctima de la maledicencia, que tanto dolor le causó a él y a su familia, pues hizo de Rulfo “un hombre angustiado, infeliz, cada vez más solitario...” (p. 136).

El silencio es el tercero de los problemas rulfianos y la meta ineludible de toda biografía. Rulfo es una de las víctimas más famosas de lo que Julien Gracq llamó “el escándalo Rimbaud”, esa insuperable superstición moderna que vuelve místico el voto de silencio de un es-

critor o casi delictiva su imposibilidad de seguir alimentando las prensas. En otros tiempos no era infrecuente que el hombre de letras, como el cortesano o el hombre de fe, abandonase el siglo para morir en el monasterio o en el retiro campestre. Pero es inevitable que nuestra época, ávida en transformar al creador en una periclitable máquina publicitaria, se escandalice doblemente ante la renuncia rulfiana, pues desde el romanticismo estamos condenados a sufragar por la tríada maldita que Maurice Blanchot localizó en el silencio, la locura o el suicidio como destinos fatales del escritor.

Rulfo no fue un Rimbaud, el adulto joven que se desentiende de la poesía y se va a ganarse la vida peligrosamente al desierto; tampoco fue un Hölderlin aislado en una torre a la buena merced de un carpintero, ni un Salinger herméticamente protegido de la codicia de una plebe de admiradores. El silencio literario de Rulfo fue un silencio mundano, ocurrido en una escena secular por cuyos aeropuertos y salas de conferencias se paseaba el alma afligida del ex escritor, atento a los murmullos de una clientela (entre la que se encontraba Juan Rulfo) que le exigía una perversa confirmación del milagro.

Nunca sabremos si Rulfo habría cambiado ese agrídulce peregrinaje por una obra de buey (las cien novelas de Balzac, según Jules Renard) sumada a los anticipos millonarios y la buena prensa del escritor contemporáneo. A cambio, y acaso contra su voluntad, Rulfo se convirtió en la mala conciencia ambulante de una literatura mundial cebada en dólares y en causas justas, e impresionada, como dijo Augusto Monterroso, por el “gesto heroico de quien, en un mundo ávido de sus obras, se respeta a sí mismo y respeta, y quizá teme, a los demás”.

Todas las explicaciones son buenas para justificar su silencio: la inseguridad psicológica, la autocrítica feroz, el doble temor al fracaso y al éxito, la pereza, el alcoholismo y las desintoxicaciones... Puede creerse (en el fondo da igual) en un Rulfo-Penélope que destejía durante el día la escritura de la noche, o en un Rulfo-Sísifo que arroja la piedra de sus

esfuerzos una vez llegado a la cima. Hay testimonios en ambos sentidos: algunos aseguran haber visto los borradores de *La cordillera* y *Días sin floresta*, las míticas novelas desaparecidas, y hay quien dice que todo aquello está en *Los cuadernos de Juan Rulfo* (1994). La realidad es el silencio, la renuncia, y cada lector de las biografías puede sacar sus conclusiones. Yo prefiero combinar el testimonio de la familia Rulfo con las palabras de Monterroso: Rulfo, pese a sus fantasías y a sus vacilaciones, supo ser esencialmente fiel a su convicción de que en *El llano en llamas* y en *Pedro Páramo* había dicho lo esencial. Esa atormentada reticencia es, más allá de las contingencias existenciales que la motivaron, una lección de higiene moral.

De las tres biografías, sólo la de Roffé cumple con la distancia ideal que, entre la admiración y la desconfianza, caracteriza al género biográfico. Al contrario de Roffé, para quien Rulfo, como cualquier gran escritor, administró su fama, escogiendo las mañas del zorro a la manera de la fábula de Monterroso, Alberto Vital prefiere enlistar acontecimientos que, no siendo desdeñables en lo absoluto, tienden a la construcción hagiográfica propia de las biografías autorizadas.

El caso de Nuria Amat es, en cambio, alarmante por la ineptitud con la que ella y sus editores prepararon un libro donde hasta los datos del orden turístico aparecen equivocados. Amat confunde el tequila con el mezcal; ignora que Agustín Yáñez, como España, se escribe con ñe; deforma las ortografías del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl, habla de una “universidad de Mascarones” queriendo referirse a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, o hace creer al lector que los Contemporáneos escribían novelas urbanas, entre otras perlas que incluyen recurrentes equivocaciones en nombres propios y fechas. Junto a la supina ignorancia de México de la que Amat hace gala, en su *Juan Rulfo* menudean las opiniones semicultas, como la que convierte a su biografiado en Kafka y a su mentor Efrén Hernández en un Max Brod, o aquella en que relaciona a Rulfo con el infortunado



Sebald, por la relación de ambos con la fotografía. Queriendo dar de alta a Rulfo entre los grandes escritores planetarios, Amat sólo exhibe una golosa frecuentación del catálogo editorial vigente. Algún valor tiene, en cambio, el esfuerzo de Nuria Amat por desentrañar el historial psiquiátrico de Rulfo, su estancia en el manicomio de La Floresta, y el efecto que la terapia electroconvulsiva pudo haber tenido en él. Pero ése y otros episodios de la vida de Rulfo deberán aguardar la confirmación documental.

Como a Dostoievski, a Rulfo le mataron a su padre antes de llegar a la madurez. Ese hecho capital hace suponer a Federico Campbell que, una vez narrado y mitificado ese episodio en *Pedro Páramo*, Rulfo decidió detenerse, interpretación con la que concuerdo. Pero, entre los acontecimientos recabados por sus biógrafos, tanto los legendarios como los inéditos, fueron pocos los que me interesaron, lo cual no deja de inquietarme en mi medida de lector asiduo de biografías. Quizá la respuesta radique en el descanso proporcionado por las *Noticias sobre Juan Rulfo*, de Vital, una hermosa iconografía que nos permite volver, una y otra vez, a las hoy célebres fotografías de Rulfo, ese regalo envenenado que el escritor legó para contrariar la impaciencia de las generaciones.

Es imposible no mirar la obra fotográfica de Rulfo como una manera suprema y metafísica de responder al apremio del siglo con una dosis aún mayor de silencio. Esas fotos no describen ni ilustran su obra: nos permiten escuchar el silencio rulfiano. Rulfo, según el testimonio de uno de sus hijos, vivió atemorizado por el daño que sus propias palabras, dichas o escritas, pudieran ocasionarle. Fue en la geografía, en las iglesias desperdigadas por el llano o autorretratándose en la alta montaña, donde Rulfo se reconcilió con las vivencias de la guerra de religión, del génesis y del apocalipsis. Al dejar miles de negativos, ese hombre casi secreto abrió su mundo interior, permitiéndonos el raro privilegio de observar los paisajes del alma de un vidente. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

REPORTAJE

TRANSCRIPCIÓN EJEMPLAR



Héctor Aguilar Camín, *La tragedia de Colosio*, Alfaguara, México, 2004.

Federico Arreola, *Así fue / La historia detrás de la bala que truncó el futuro de México*, Aguilar, México, 2004.

Con *La tragedia de Colosio*, Héctor Aguilar Camín hace un importante servicio al transcribir y editar el expediente judicial del caso, el cual redujo del millón y medio de palabras originales a cien mil. El lector puede ahora leer de corrido la información esencial de las circunstancias del magnicidio. No es mérito menor presentarla en forma clara y ordenada. Puede decirse que Aguilar Camín luce mejor como transcriptor que como autor. De hecho, en el prefacio hace afirmaciones no sustentadas en el correo del libro.

De su relatoría emerge con claridad que el levantamiento de Chiapas fue la causa principal de la incertidumbre que se instaló en la campaña electoral de Colosio. El protagonismo del comisionado para la paz, Manuel Camacho, aparece como una complicación inherente a su misión, pero atizada por la ambigüedad sobre sus aspiraciones electorales y la ambigüedad de Salinas, que parecía jugar con la posibilidad de una candidatura sustituta.

No había dudas de que Camacho era

el indicado para conducir la crisis de Chiapas a una salida negociada, pero tampoco las había de que utilizaría su posición para sus propias aspiraciones. Camacho amagó a Salinas con unirse al movimiento cívico que espontáneamente se había formado en torno a Chiapas si no le daba las facultades más amplias para su misión. “Nos tomó tiempo admitir que en esos momentos no era posible disputar la mayor atención noticiosa nacional a todo lo que tuviese que ver con Chiapas” (Ernesto Zedillo, coordinador de la campaña de Colosio).

Colosio consideró renunciar desde el día en que Camacho fue nombrado comisionado, pero precisamente por ser Camacho su más viable sustituto decidió permanecer. Un mes antes de su asesinato, Colosio preguntó a su mujer Diana Laura qué opinión tendría de él si renunciaba. Ésta respondió que “lo importante era qué opinión iba a tener él de sí mismo”. Cuando Colosio registró su candidatura el 4 de marzo, Diana Laura dijo: “Ahora a ver cómo le hacen.”

En el bando de Camacho se consideraba que “una posible candidatura [de Camacho] sólo podría darse por la vía de algún partido de oposición, puesto que no había razón para suponer que Luis Donald renunciaría” (Marcelo Ebrard). Camacho afirma que él no podía ser candidato por el PRI, puesto que la confianza entre él y Salinas se había perdido. Se deduce de lo anterior que su comisión en Chiapas fue impuesta por las circunstancias.

Salinas afirma que pidió a Camacho una declaración inequívoca de que no aspiraba a ser candidato, pero es extraño que cinco días antes del magnicidio haya elogiado su labor como regente de la ciudad de México, haya pedido al PRI del DF publicar un manifiesto elogiando su labor en Chiapas y haya instruido a varios de sus colaboradores a manifestarle su apoyo personal. La confusión en el equipo de Colosio crecía, porque se consideraba que la campaña electoral había empezado a tomar fuerza a partir del discurso del 6 de marzo, en el que Colosio omitió

deliberadamente el nombre de Salinas.

Las reflexiones acerca de que el nombramiento de Camacho había sido un error fueron comunes antes del magnicidio. “Por sus cualidades y por su peso en el medio político, fue un error la designación de Camacho...” (José Francisco Ruiz Massieu). Fernando Gutiérrez Barrios concluyó que “debe existir un fuerte compromiso [con Camacho] para haber soportado todos estos aspectos que no se habían dado en ninguna Administración...” Para Zedillo, la complacencia de Salinas hacia Camacho mostraba “debilidad de carácter”. Salinas terminó admitiendo su error.

Camacho afirma que llegó a un acuerdo con Colosio el 21 de marzo para impulsar la transición a la democracia, y que éste le ofreció puestos importantes. Pero en la conferencia de prensa que Camacho dio el 22 de marzo no es evidente que tal acuerdo haya existido. Colosio manifestó que sólo se limitó a escucharlo. “Ya saben cómo es Camacho”, habría dicho.

Es claro que el asesino Mario Aburto formaba parte de un grupo político. “[...] renuncié a todo, a mi familia, a mi nombre y fui condecorado como Caballero Águila [...] El arma [...] me la dejaron en un lugar donde ellos me indicaban...” ¿Quiénes? “Lo siento, no voy a poder decir eso [...] Usted puede ver que estoy tratando de cubrir a más personas [...] No estaba permitido que yo anduviera con amigos...” Entonces, ¿sí andabas con otros? “Sí, pero nada más cuando había reuniones. Algunas personas sabían que yo estaba metido en un grupo político...”

“A mí me buscaron porque siempre conocieron que era capaz de hacer cualquier cosa para mantener la estabilidad del país [...] Y la persona que me buscó [...] Yo no podía creer para qué me quería [...] Que a él lo habían mandado a buscarme. Y él me decía muchas cosas que me habían pasado en todo el transcurso de mi vida...”

“Trataba de no hacerme partidario [...] de izquierda o cositas así porque siempre estuvimos con el PRI mi papá y yo.” Aparentemente Aburto se contradice al decir: “No debemos votar por un partido, sino por la persona que en verdad tenga

más capacidad para el cargo”, pero aclara que las personas de más capacidad están en el PRI. “¿O sea que usted considera que hay mejores candidatos que el licenciado Colosio?” “Pues en dado caso”, fue su respuesta.

Compañeros de trabajo declararon que Aburto sentía exasperación por el levantamiento de Chiapas, que le parecía ilógico que un grupo tan pequeño no pudiera ser dominado por el ejército. A una novia le comentó que mataría a Colosio porque de lo contrario “lo matarían a él”.

Interlocutor privilegiado

La expresión “interlocutor privilegiado” suele usarse a la ligera, pero en el caso del periodista Federico Arreola, en relación con Luis Donald Colosio, parece adecuada. Según Arreola, LDC lo llamó en 1990 para “charlar de política con alguien que no era político”. En diciembre de 1993 le pidió acompañarlo en “toda la campaña y nada más para platicar”. El ahora director de *Milenio Diario* relata esta historia en *Así fue. La historia detrás de la bala que truncó el futuro de México*.

Aunque el subtítulo es indemostrable (y menciona sólo una bala, pese a que la forense comprobó dos), el libro aporta información valiosa sobre los entretelones de la campaña. Su conclusión: “No tengo dudas sobre la configuración del crimen. Al poder [...] le sobran razones para ver a Colosio como un peligro” (después del discurso del 6 de marzo). Diana Laura me dijo que “el gobierno había matado a su marido [...] Cuidate de Salinas, me recomendó”.

La sustancia del relato es el desconcierto en las filas de LDC por la intención aparente de Salinas de sustituir al candidato por su rival Manuel Camacho. Arreola dice que LDC le dijo: “El Presidente debe estar muy confundido [...] No sabe que está provocando un problema que va a terminar por dañarnos a todos.” El objetivo principal del nombramiento de Camacho no fue la paz, sino “amenazar a Colosio con el fantasma de un candidato alterno”.

La rebelión de Chiapas sólo habría profundizado el distanciamiento, pues

“supe desde finales de diciembre de 1993 que Colosio y Salinas habían dejado de entenderse”. Arreola no abunda en este antecedente, pero afirma que “Salinas creyó que podía hacer con Colosio lo que le viniera en gana...” Al parecer, fue el propio LDC quien contribuyó a crear esta imagen: “Siempre que Salinas lo trataba bien, Donald sentía ganas de organizar una fiesta” y “se esforzaba por estar en el círculo más íntimo de Córdoba”.

A raíz del nombramiento de Camacho, los colosistas hablaban abiertamente de un proyecto de Salinas para sustituir al candidato. “La logística de la campaña era un desastre”, en cambio, “las negociaciones de Chiapas parecían llenas de heroísmo [...] Cualquier cosa que pasara era mala para el candidato del PRI”. Si la situación se complicaba, el deterioro del PRI se aceleraría; si se solucionaba, aumentaría el griterío por la renuncia de LDC. Éste casi siempre estaba de mal humor y maltrataba a sus colaboradores, aunque luego buscaba congraciarse con ellos.

Un hecho decisivo fue una entrevista del *Wall Street Journal* con Camacho, en la que el diario vinculó la estabilidad económica de México con la paz, lo cual dio proyección mundial a Camacho y descalificó a LDC. Sin embargo, Córdoba convenció a Salinas de que “Zedillo era mejor para la continuidad del proyecto [...] Yo ubicaría a Zedillo entre los principales sospechosos de haber asesinado a Donald [...] Lo mismo a Salinas, Córdoba y Camacho”.

Arreola no se limitó a observar. Relata que LDC le pidió, por instrucciones de Salinas y Córdoba, “diseñar un grupo de activistas para destruir, en términos políticos, a todo lo que Cuauhtémoc Cárdenas representa”, misión que aceptó realizar. También escribió: “En la mirada llena de tristeza advertí que Salinas lleva en su corazón a Colosio, su amigo, su proyecto político, el sonoreño al que empujó con toda su fuerza [...] y de cuya familia [...] ha estado pendiente como nadie.” “Escribí esto porque Diana Laura me lo pidió”, aclara. —

— RAMÓN COTA MEZA

REPORTAJE

UN MUNDO FRÁGIL



Bernard-Henri Lévy, *¿Quién mató a Daniel Pearl?*, Tusquets, Barcelona, 2003, 339 pp.

El filósofo, novelista, cineasta y periodista Bernard-Henri Lévy es un icono de la intelectualidad francesa, tan controvertido y popular al tiempo que hasta tiene su “guiñol” en la televisión. Su divisa es la pasión crítica y su fetiche, las opiniones a contracorriente. Educado en la escuela de Derrida y Althusser, es casi un milagro de la inteligencia su capacidad de formular hipótesis novedosas, mirar la realidad sin fardos ideológicos y rasgar viejas (y nuevas) heridas. Imploró la intervención europea en rescate de Bosnia y de su islam laico y moderado, simbolizado en Sarajevo, tema al que dedicó un documental y varios reportajes, en línea opuesta a los pacifistas que asistían, firmes en su moral intachable, al “espectáculo” de ver nuevamente en Europa campos de concentración y “trabajos” de limpieza étnica. Asimismo, fue un acérrimo crítico del sistema soviético cuando hacerlo implicaba el riesgo del ostracismo en los mentideros de Saint Germain des Prés, donde el respaldo al “paraíso del proletariado” era sinónimo de “verse mucho en los cafés”.

Amigo de Mitterrand, al que luego criticó duramente, Lévy aceptó la encomienda de Chirac de elaborar un informe sobre la participación de su país en la reconstrucción de Afganistán tras el derrocamiento del poder talibán. Con ello, regresaba a un área del planeta que ya ha-

bía despertado su interés: no sólo al cubrir la independencia de Bangladesh en los setenta, sino como viajero fascinado por el subcontinente del que forman parte la India, Nepal, Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka y el propio Afganistán. Justamente es en Kabul, el 31 de enero de 2002, en audiencia con el presidente Karzai, donde se entera del asesinato de Daniel Pearl, el periodista norteamericano secuestrado unos días antes en Pakistán, y cuya imagen de rehén había dado la vuelta al mundo. En ese momento Lévy toma la decisión de dedicar el tiempo que fuera necesario a investigar este crimen. El resultado es *¿Quién mató a Daniel Pearl?*, que publica Tusquets tan sólo unos pocos meses después de la edición francesa de Grasset et Fasquelle.

El libro tiene la estructura de las cajas chinas o las matriushkas rusas, ya que del primer capítulo se desprende el tema del segundo y así sucesivamente. Primero está el esfuerzo de Lévy por ponerse en la piel de Daniel Pearl, seguir sus pasos en los fatales jornadas que terminaron en su secuestro, cautiverio y sacrificio. Para ello, no duda en seguir su sombra por Islamabad, Rawalpindi, Lahore y Karachi: una suerte de *kaddish* en movimiento. A continuación, en sentido contrario a las manecillas del reloj, el filósofo emprende la reconstrucción de su vida: entrevista a los padres de Pearl en Los Ángeles y a sus amigos en Washington y Nueva York, lee sus artículos, habla con su mujer, pregunta a sus maestros... Busca la empatía con este “amigo póstumo”, como lo llama, y lo consigue. Daniel Pearl: norteamericano, judío, periodista del *Wall Street Journal*, casado, con un hijo no nato a la hora de su muerte, era un hombre justo, cordial, talentoso, un americano dialogante, no impasible, interesado en las culturas del islam y firme opositor a la mayoría de las políticas de su gobierno. Pero sobre todo era un periodista comprometido con la verdad y en camino de descubrir grandes secretos.

Luego, Lévy se centra en la indagación sobre el asesino confeso de Pearl, el inglés de origen paquistaní Omar Sheij. Su vida en Gran Bretaña como graduado con

honorarios en la London School of Economics, campeón de ajedrez y de pulso y hijo de una familia musulmana no ortodoxa. Y su repentina transformación en un fanático, un instrumento de la Yihad. Y la saga nada gloriosa que nace de esa decisión: instrumentalización de la guerra en los Balcanes a favor del integrismo, secuestros y atentados en la India, prisión en Nueva Delhi, liberación tras un intercambio de presos por rehenes en Afganistán, y todo tipo de oscuros lazos con el terror. Y, también, las razones discursivas —más bien, sinrazones— que hacen de un modélico ciudadano británico una fría y arrogante máquina de matar, surgido del corazón de Occidente y no de los suburbios de las empobrecidas ciudades musulmanas. Es importante subrayar que Lévy no busca la exculpación a través de la biografía del asesino, sino indagar en la “naturaleza del mal”. Al fin y al cabo, Sheij fue capaz de engañar y manipular a Pearl con la promesa de una exclusiva para secuestrarlo y, luego, de ordenar su degollamiento y mutilación en diez partes a un comando de sicarios yemeníes, mientras perversamente seguía negociando con el periódico americano el monto de su rescate.

Después vienen los mayores descubrimientos del libro. Sheij es en realidad un agente doble que trabaja desde hace años para los servicios secretos de Pakistán, el temido ISI. Lévy indaga en la agencia de espionaje de la India, donde estuvo preso por años Sheij, hace averiguaciones “al más alto nivel” en Washington y obtiene revelaciones anónimas de muchos paquistaníes. El resultado es dar a conocer la temperatura integrista de este “país aliado” de Occidente en la lucha contra el terrorismo, el discurso abiertamente antisemita de sus medios de comunicación y políticos, la locura de su carrera armamentista con la India y el peligro, a la vuelta de la esquina, de que un atentado acabe con la vida del presidente Pervez Musharraf y el poder tras el trono se haga con el control de un Estado nuclear.

Peor aún, Lévy descubre, en otra vuelta de tuerca de su fascinante investigación, que Omar Sheij —cuya condición de agen-

te de los servicios secretos aclara, como por arte de magia, las partes incompresibles de su biografía— es un destacado miembro de Al Qaeda, relacionado incluso con la transferencia de dinero a Mohammed Atta, el líder de los secuestradores aéreos y responsable sobre el terreno del 11 de septiembre. Ni más, ni menos.

La conclusión es que Pearl no fue asesinado por ser norteamericano, judío o periodista de manera genérica, sino por el curso concreto que tomaban sus investigaciones. Al parecer, estaba en trance de descubrir dos verdades siniestras de Pakistán, el “Estado más canalla”: el cobijo que sus servicios secretos prestan al terrorismo integrista, jugando al gato y al ratón con los Estados Unidos y haciendo el mínimo necesario para ser imprescindibles sin dejar de ser impredecibles, y la concepción que sus máximos dirigentes, militares y científicos, tienen de la bomba atómica como una “bomba islámica”. Concepción que se vuelve más clara a luz de las revelaciones de Abdul Qader Khan, el “padre” de la bomba paquistaní: transferencia de tecnología nuclear a Libia, Irán o Malasia e intercambio de misiles por cabezas nucleares con Corea del Norte, amén de las reuniones, en suelo afgano, con gente de Al Qaeda sobre el uso de estas armas. *Armageddon Now*.

¿Quién mató a Daniel Pearl? es un reportaje no convencional, en donde Lévy completa la información recogida con reflexiones de carácter político y una serie de suposiciones de carácter novelístico, siempre advirtiendo al lector cuándo termina el dato duro y cuándo empieza la imaginación a rellenar los inevitables huecos de información. La tensión narrativa del libro está construida a través de un hábil artificio literario: Lévy presenta sus conclusiones de manera preliminar y sucesiva. De esta suerte, el lector descubre en la estructura del libro un proceso de aproximación, de intriga, que reafirma su carácter de obra anfibia, a caballo entre el periodismo y la literatura. Además, el autor no escatima menciones a su vida y a su obra, para poner en un contexto emocional lo que significa para él, y su

trayectoria, cuanto va descubriendo. Esto hace que el protagonista secreto de la obra sea también el propio Lévy, sus avatares, expectativas y dolores a la hora de realizar esta investigación. El punto más álgido de esta visión autobiográfica sumergida en la trama principal del libro se ve en el dolor que le produce tener que ocultar, en Pakistán, su propio origen judío, para evitar no sólo despertar sospechas, sino incluso poner en peligro su vida (y lo que lo hace soportar algunas diatribas antisemitas dignas del nazismo por parte de funcionarios del gobierno de Pakistán). De tal forma, no sabemos si estamos ante un reportaje *at large* construido con la sabiduría de un novelista, o ante una novela realista apoyada en los datos duros del periodismo de investigación.

De las múltiples geografías humanas que retrata el libro, la más apasionante es la mezquita y escuela coránica de Binori Town, en Karachi. Vedada a los extranjeros e infieles, Lévy logra entrar en una tarde de disturbios entre sunitas y chiítas en las calles de ese puerto, con el artificio de hacerse pasar, como lo fue anteriormente, por delegado personal del presidente de Francia, en un momento en que la postura gala es claramente contraria a la guerra en Irak. Lo que ve en esta auténtica “*cité prohibida*” del integrismo es aterrador: madrassas con retratos de miembros de Al Qaeda en las paredes (traicionando el precepto iconoclasta del islam); grupos de jóvenes en entrenamiento paramilitar; trasiego de armas largas; saudíes, yemeníes y toda clase de extranjeros en actitud conspirativa; pasillos y dobles fondos, sótanos y puertas falsas... Parece más el cuartel de un movimiento integrista que una escuela de estudiantes del Corán. Todo, a plena luz del día, a unas calles de la sede del ISI. En Binori Town pasan cosas alarmantes, sin duda.

La sensación que produce la lectura del libro es de vértigo. Y es que Lévy demuestra hasta qué punto el desafío terrorista es absoluto y cuán posibles son futuros y funestos golpes, de consecuencias imprevisibles. Un mundo frágil, un precario equilibrio. A la luz de esto, las mentiras de la guerra de Iraq adquieren su gra-

do máximo de irresponsabilidad: ¿qué haremos cuando las verdades lleguen? —

— RICARDO CAYUELA GALLY

CUENTO

EL FUNDADOR EXCÉNTRICO



Francisco Tario, *Cuentos completos I y II*, Lectorum, México, 2004, 342 y 364 pp.

Como si hubiera hecho suyo el destino escurridizo de uno de sus personajes —a la vez fantasmal y burlón—, a Francisco Tario lo ha perseguido la sombra de ser un escritor raro, pese a que la insistencia con que esa sombra ha sido señalada por los críticos haría suponer que su rareza se iría apagando poco a poco, e incluso se disiparía del todo. Tario es nuestro raro más cacareado, el nombre que en toda lista de raros aparece en primer lugar, y aunque uno pensaría que el raro indiscutible, el raro raro, suele ser el último de la fila, hay muchas razones para que lo sigamos leyendo con esa inquietud y expectativa de quien cruza el umbral de una cofradía secreta, y se dispone a placeres infrecuentes.

Desde la publicación de *Los raros* de Darío, la discusión sobre la rareza literaria se ha centrado en temas como el poder de la tradición, los flujos y reflujos un tanto azarosos del gusto, los intereses muchas veces mercantiles detrás de la revaloración de un autor, y, por supuesto, en las leyes no escritas de la República

de las Letras, leyes más políticas que literarias y, como en muchas repúblicas, más truculentas que justas. Los libros olvidados o vilipendiados, las obras a contracorriente, rebeldes o solitarias, incluso las obras fallidas, ya sea por exceso de desquiciamiento o vanguardismo, esperan sus quince minutos de gloria tras años de dormir en el limbo de la indiferencia. Y la situación se ha enrarecido hasta el punto de que nuestra literatura parece complacida en admitir –valga la paradoja– una legión de raros, como si en toda librería de viejo nos aguardara algún excéntrico o pirado que, con un poquito de alharaca de nuestra parte, está listo para engrosar las filas quién sabe si menos vanidosas y necias del anticanon.

El autor raro, el raro indiscutible, sin embargo, soportará todo eso. Páginas como las de Tario no sólo han sido efectivamente olvidadas, sino que responden a un proyecto solitario y a veces fallido que ya en su momento lo convirtió en una figura marginal, apartada. Pero esto, como es obvio, no basta para creer que vale la pena leerlo. Lo importante es que en esas páginas se respira todavía el humo del atentado contra la moda literaria y las buenas conciencias, lo decisivo es que todavía al acercarnos a sus inmediaciones, aun siendo injuriados, repelidos y en ocasiones hasta escupidos, sus frases nos cautivan por su violencia incorrecta, sus atmósferas nos envuelven por su esperpentismo deliberado. En la figura del raro siempre encontramos una lección, es verdad que poco edificante, de cómo no sucumbir a los cantos fáciles de las sirenas; una lección literaria –y por supuesto ética– de ese imperativo que palindrómicamente reza “A la moda dómala”, imperativo que por cierto nos legó Luis Ignacio Helguera, otro raro indiscutible que, entre sus muchas rarezas, practicaba el sucio vicio de cazar personajes raros, fueran o no escritores.

La obra de Francisco Tario (México, 1911-Madrid, 1977) es rara, en primer lugar, por las circunstancias que rodearon sus escritura y su publicación. Ya a finales de los años sesenta algunos de sus libros aparecen en un *Catálogo de libros raros y ago-*

tados, si bien su primer libro de cuentos (*La noche*, 1942), alcanzó un tiraje sorprendente de quince mil ejemplares, lo que hace pensar en bodegas lóbregas e incomprensibles, o bien en la guillotina, que, como sabemos, fue el destino de casi la totalidad del tiraje de su novela póstuma, *Jardín secreto* (1993), novela que, cuenta la leyenda, el propio Tario quiso mantener efectivamente en secreto, y se esforzó por hacerla desaparecer, destruyéndola en Madrid. Lo cierto es que hasta la publicación de estos *Cuentos completos* no era fácil encontrar sus libros, ni siquiera tras esmeradas pesquisas, de modo que la aparición de un ejemplar lo convertía de inmediato en objeto de culto, que pasaba de mano en mano como contraseña –algunas veces como simple abalorio– de una hermandad recién creada, desconcertada y feliz. Tario, por lo demás, escribió su obra alejado del mundillo literario, al margen de sus dádivas y vaivenes, y sin duda esa voluntad de solitario también contribuyó a que, al final de sus días, su sombra de raro se alargara como en un atardecer en una playa desierta.

Pero más que por el personaje, más que por el azar del recibimiento de su obra, la escritura de Tario es rara por su estilo, sus intenciones y su punto de vista. Hay algo insano en su manera de tratar asuntos graves como la muerte o la angustia, un tono a un tiempo irreverente y macabro y juguetón, en donde cierto malditismo no excluye la bufonada. En cambio, al referirse a temas cotidianos (el matrimonio, los hijos, la idea misma de levantarse a trabajar), su prosa se contamina de melancolía y desazón y hasta de maldad, una maldad apenas templada por un humor deforme, entre cándido y negro. Sus frases tienen el timbre característico de la sentencia o el oráculo (no por nada escribió uno de los mejores libros de aforismos que yo haya leído, *Equinoccio*), pero en ellas hay resonancias poéticas turbadoras, y una atención al detalle –al detalle sensible– poco común en naturalezas que tienden hacia lo general. Hay que notar, además, que esta capacidad de hacer que lo minúsculo do-

mine una escena o la modifique, más que fruto de la observación o la agudeza psicológica, es fruto de la imaginación, de una imaginación oscura y singular, de tintes fantásticos, capaz de hacer que miremos a través de los ojos inexistentes de un ataúd o un traje (como sucede por ejemplo en *La noche*), pero también capaz de encontrar mecanismos para que los fantasmas (uno de sus motivos predilectos), la transfusión de almas (“Ciclopropano”), o la inminencia de la locura (“La polka de los Curitas”) circulen por sus páginas con una fluidez asombrosa.

Mario González Suárez, uno de los lectores más constantes y entusiastas de Tario, además de compilador de estos volúmenes, escribe que los fantasmas pueblan con tal profusión la obra de Tario “porque éstos tienen vicios e historia y no saben cómo dejar de ser quienes son”. Yo añadiría que también se debe a que el fantasma, en cuanto continuación del hombre –y no su reverso o negación–, le permite enfocar el drama humano a partir de lo que tiene de inane e imperfecto, pues el fantasma es una continuación por decirlo así “fijada”, a la que le están vedados todo crecimiento o transformación. Como el fantasma ignora todo esto, sus arrestos de movimiento y esperanza no pueden más que movernos a risa, a una risa turbia e infame. No pocas veces, al terminar de leer algunos de estos cuentos, he creído que el gesto ideal de Tario es la imprecación, o más exactamente, la mirada sarcástica durante el momento de silencio inmediatamente posterior, cuando todo está tenso, cargado de posibilidades y violencia, a punto de la ruptura, y uno ve lentamente cómo las nubes de la tormenta se alejan sugerentemente.

José Luis Martínez, en el prólogo a *La puerta en el muro*, escribió hace casi sesenta años que “las obras de Tario –y con él las de muy pocos escritores más– prefieren, antes que continuar una tradición, crearla por sí mismas aunque tal atrevimiento implique múltiples tanteos y no pocas dificultades”. Los tanteos de Tario llegaron a desembocar algunas veces, es cierto, en lo fallido, sus resultados son

irregulares y en ocasiones hasta estrafalarios sin más; las claves secretas algunas veces permanecen odiosamente secretas, y uno se queda con la sensación de que quizá abusó del extraño sonido que producía una tecla negra en el piano no demasiado extenso de sus obsesiones. Pero esto es, quizá, uno de los precios que hay que pagar cuando la literatura es entendida como una variante extrema del soliloquio, cuando se asume como propia la insensata pero irrenunciable tarea de crear una tradición. Tario el raro, Tario el fantasmal, como Villiers de L'Isle Adam, Lautreamont, Fernando Pessoa, Leopoldo Lugones, Roberto Arlt, Felisberto Hernández, Arthur Machen, Robert Walser, Witold Gombrowicz, Virgilio Piñera, Juan Rulfo, Julio Cortázar o Salvador Elizondo, intentó crear desde la soledad de un cuarto de Acapulco una tradición nueva, y ya sólo por ese genuino gesto de rareza merece figurar para siempre junto a ellos en un estante hechizado de nuestros librereros. —

— LUIGI AMARA

POLÍTICA

UNA PREGUNTA URGENTE Y PACIENTE

Sara Lovera, Yoloxóchitl Casas, *El voto de las mujeres*, Plaza y Janés, México, 2004, 258 pp.

I. Las llamaron argüenderas. Las llamaron brujas. No en sus casas, que ya sería fuerte, sino en las portadas de revistas y periódicos. Paranoicos hasta el soponcio, algunos las acusaron de una conspiración para subvertir la agenda nacional. Acaso para lanzar a una candidata a la Presidencia. Quizá —ya menos paranoicos, así lo pensaron— para hacer alianzas secretas.

Igual las políticas más poderosas de nuestro país asistieron a la cita para celebrar, en el Claustro de Sor Juana, el aniversario cincuenta del voto de las mujeres.

Este libro, que compilaron Sara Lovera y Yoloxóchitl Casas, reúne los artículos que estas treinta políticas escribieron a raíz del encuentro. Es un volumen donde el significado de aquella reunión se despliega más despacio, más explícitamente.

Quiero destacar tres asuntos que este libro, harto de provocaciones, evidencia.

El primero es que las treinta políticas más poderosas del país están de acuerdo en mucho. Todas ven el mismo panorama de inequidad para las mujeres y todas lo cifran en un lenguaje afín.

Se dice rápido, pero esta coincidencia es el producto de veinte años de trabajo de otras mujeres. Las investigadoras sociales y las teóricas feministas, y las activistas de las ONGs. Se dice rápido, pero hace ocho años alguna priista, en un foro de debate, ponía a consideración un camino de cambio de usos y costumbres tan gradual que una podría esperar primero la llegada a Mercurio que el empoderamiento de las mujeres. Se dice rápido, pero hace tres años las mujeres del PAN, al escuchar la palabra “feminista”, apretaban los dientes como quien dice “de esta sopa jamás tomaré”. En cosa de tres años, las panistas, en efecto, han pintado su raya respecto de los patriarcas barbados de su partido, y han adoptado la ideología feminista en cada área, excepto, y comprensiblemente, en el asunto incómodo del aborto, que las enfrenta a su concepción teológica de la vida.

De golpe, esta coincidencia en contenido y forma, en cuanto al asunto del género, es la sorpresa más promisoriosa de *El voto de las mujeres*.

2. “Queremos el Poder.” Lo dijo Guadalupe Morfín en el Claustro de Sor Juana, y el público de mujeres civiles sostuvo el aplauso durante un minuto. La misma Sor Juana, que andaba por ahí encarnada en argentina, aplaudió.

Ésta es la segunda coincidencia que muestra el libro. La robusta honestidad, la falta de modestia hipócrita, con que estas treinta políticas admiten “Queremos el Poder”.

Bueno: sería raro que Marta Sahagún hubiera escrito: “No, el poder no por favor.” Sería increíble. Imaginemos a Elba Esther Gordillo escribiendo: “Discúlpeme, pero tengo otras cosas que hacer.” Bueno, es claro que estas treinta políticas quieren el Poder. Es más: en distintas medidas, cada cual lo tiene ya. Ellas quieren el poder sin duda. ¿Y luego?

Claro, se supone que la frase las trasciende. Hablan a nombre de las mujeres todas, que ya no queremos ser el sexo débil. Que sabemos que nuestro mejoramiento de destino pasará por el Poder o no pasará.

La misma Marta Sahagún publica en el libro una clara explicación de por qué las mujeres todas debíamos querer —y tener— Poder. Porque “sin poder todo ser humano es altamente vulnerable”, víctima posible “de la violencia, maltrato, discriminación, abuso, acoso, explotación, falta de oportunidades”. La sigo citando: “Por tanto el Poder es más que una aspiración; es una necesidad básica que alimenta la igualdad y la libertad...”

Y sin embargo la frase “Queremos el Poder” entraña una ambigüedad que no puede ser resuelta sólo declarativamente.

¿De veras el aumento de Poder de las políticas implica el empoderamiento de las mujeres comunes? ¿De verdad les garantiza el descenso de la violencia contra ellas, el aumento de sus sueldos, la libertad de sus cuerpos, el crecimiento de las prestaciones estatales, la erradicación del cáncer cervicouterino?

¿De veras les garantiza algo más que la dicha inefable de estar incluidas semánticamente en un *nosotras* por mujeres tan carismáticas?

Rosario Robles escribe lúcidamente sobre —la cito— “el trecho que podemos caminar juntas hasta que nuestras diferencias nos separen”. Enumera las necesidades femeninas que el Estado mexicano ha desatendido y sigue desatendiendo. Es claro que el trecho que describe Rosario Robles es el mismo que las treinta autoras delimitan. Lo que no queda claro es cómo —cómo— podrá caminar este trecho.

Entre el destino de estas mujeres de

Poder y el destino de las mujeres sin poder debería haber un gozne. Lo que hay todavía es esta ambigüedad de un nosotras teórico.

Lo que me lleva a la tercera coincidencia de estas treinta coautoras.

3. Las treinta coincidieron en no coincidir en ninguna acción conjunta.

De este libro o de aquella reunión en el Claustro, no salió una plataforma mínima promujer, una iniciativa de ley, una exigencia unánime a este gobierno. Ninguna acción efectiva.

Marta Lamas, en su artículo, habla de la intención de dar “visibilidad” a la problemática de las mujeres. Y sin duda el encuentro la dio y la dará este libro.

Muchas y varios leerán este libro atraídos por la fama de sus autoras. Incluso por la ganga de leer treinta plumas insignes por un solo precio. Y documentarán su pesimismo sobre la condición de las mujeres. Y documentarán su esperanza de que un cambio es posible.

Lo que es también innegable es que este saldo simbólico e informativo de la junta de las políticas más poderosas, si bien cumplió las metas de ellas, no cumplió las expectativas de la prensa, que luego de anunciar la reunión con escándalo en primeras planas, pasó su crónica a las páginas interiores y discretas. Y tampoco colmó las expectativas de las civiles más entusiastas, que preveían que tanto Poder no podía reunirse sin una meta práctica. Acaso esperábamos, si no un plan acabado, sí una primera acción en el siglo XXI, en el sitio de ese gozne faltante entre las políticas y las ciudadanas comunes.

4. De ese gozne faltante escribe Patricia Mercado. Lo escribe con la densidad trágica de quien describe una lenta herida.

Escribe Patricia Mercado: A cincuenta años de adquirir el derecho de votar y ser votadas “las mujeres son las principales abstencionistas”. Y las mujeres no están votando especialmente por mujeres. Y hay menos mujeres con poder político

que hace unos cuantos años.

Sigo citándola. “Uno de los desafíos más grandes es cómo lograr alianzas puntuales entre las mujeres políticas y las mujeres de la sociedad civil [...] a partir de las necesidades concretas de las mujeres, de esos millones de mujeres que hoy se abstienen: una política digna de confianza.”

Construir, pues, la confianza de que el “Queremos el poder” de las políticas es el mismo “Queremos el Poder” de las vidas más pequeñas de las mujeres comunes.

6. Supone Patricia Mercado que la ausencia de gozne afecta también, fuertemente, a las mujeres con poder. La cito: “Estoy segura que cada una, independientemente de su supuesto poder, sabe que [en los últimos tiempos] no nos está yendo muy bien, por el hecho de ser mujeres.”

Josefina Vázquez Mota no sólo señala esta disminución del poder político de las políticas. Lo documenta en cifras. Son menos en cantidad y son menos en poder sumado.

Y eso que la secretaria Vázquez Mota parece haber redactado su texto antes de los escándalos recientes, en que mujeres de alta visibilidad han sido brutalmente golpeadas.

Cierto, el nombre del juego político actual es la descalificación en público, con fundamentos ciertos o inciertos. Pero no es comparable lo que les sucede a los políticos y a las políticas. Sencillamente las tres mujeres actualmente más visibles, cada una la más visible de los tres partidos grandes, han sido últimamente golpeadas por ajenos y correligionarios.

Se cansó ya el entusiasmo por la novedad de las mujeres en puestos de mando. Y al cansarse se despejaron las mitificaciones optimistas. Por ejemplo, aquella que suponía que somos genéticamente más honestas: resultó que somos producto de nuestra formación y de nuestro contexto, igual —qué casualidad— que los hombres. O la otra mitificación: que una mujer en un puesto de mando mandaría la resolución de la problemática de las mujeres. Entonces ahora, en esta desmitificación, el machismo rearreme-

te y se ampara en la certeza de que golpear a una mujer —golpearla en una plaza de pueblo o en las primeras planas— crea una complicidad social.

Son tiempos peligrosos para las mujeres. Ni duda cabe. En cada campo, aprovechando este despejamiento de la novedad y sus mitos, reaparece el franco intento de regresar a las mujeres a sus casas. De revertir la salida al espacio público.

Explica Dulce María Sauri que es una especie de mentalidad de butaquería de cine oscuro. El machista, cada que ve a una mujer cómodamente sentada, piensa: “Puf, un lugar menos en el que yo podría acomodarme.” Claro, lo explica con mayor elegancia la licenciada Sauri.

7. Pero ni modo. Nadie va a regresarse a su casa. Nadie va a ceder su asiento para dejar de ver la amplia película del mundo y regresarse a su casa. Entre otras cosas porque las casas son también lugares peligrosos: en el setenta por ciento de ellas las mujeres sufren algún tipo de violencia, según la última encuesta nacional.

Este momento peligroso sólo se puede remontar con un empuje mayor de las mujeres. Con más mujeres en sitios visibles y de autoridad, en la política y los otros territorios públicos, hasta que parezca y sea normal que estén ahí. Hasta que la tentación de quitarlas de ahí muera de tristeza.

Cómo puede ocurrir este nuevo avance si no con un gozne real, un pacto real, entre Política y ciudadanas.

Lo apuntan varias autoras al vuelo y me parece una táctica no sólo inteligente, noble. El reto también es mostrar que las necesidades de las mujeres son, en medida considerable, los desamparos de la vida diaria y privada de cada ciudadano.

En otras palabras, hay que hacer precisamente lo que los machistas temieron que harían en su reunión las políticas: cambiar las prioridades de la agenda pública: incluir los temas de mujeres volviéndolos temas de la calidad de la vida de todos.

Tendría gracia tomar de estrategias a

los paranoicos machistas. Pero tendría enorme sentido. Acaso ellos, con la imaginación aguzada por el miedo, ven más clara la viabilidad de una subversión así.

8. Lo escribe Cecilia Loría en las últimas hojas del libro. “[igual que] las brujas fueron perseguidas por mostrar una realidad que intentaba ocultarse”, “las mujeres políticas comprometidas con las causas de género son las portavoces de los temas que deberá enfrentar la sociedad”.

La pregunta clave aquí es cuándo. Cuándo y cómo.

Lo escribe Josefina Vázquez Mota. “¿Cuándo llegará el día en que realmente los temas relacionados con la problemática de género ocupen un lugar importante en la agenda pública?”

La palabra clave sigue siendo ¿cuándo? ¿En esta generación? O tendremos que esperar para más tarde. Cuándo y cómo y quiénes.

Es una pregunta urgentemente paciente. ¿Cuándo y cómo y quiénes? —

— SABINA BERMAN

ECONOMÍA

DESMITIFICAR LA GLOBALIZACIÓN



Guillermo de la Dehesa, *Globalización, desigualdad y pobreza*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, 311 pp.

Globalización, desigualdad y pobreza, de Guillermo de la Dehesa, lleva a cabo una difícil combinación: es a la vez rigurosa en sus fuentes, en su acopio de evidencia empírica, en el peinado de la bibliografía pertinente, y sencilla en su

exposición. Este logro permite que cualquier interesado en el tema, sin necesidad de dominar la teoría económica, pueda beneficiarse de las lecciones contenidas en un valioso libro, en el que el autor blande con elegancia su cimitarra para descabezar un buen número de mitos contruidos alrededor de los supuestos males de la globalización

El comercio internacional nace con la aparición misma de los Estados, pero quizás nunca como ahora brindó la oportunidad de aumentar rápidamente el empleo y los salarios de los más necesitados. El nuevo ingrediente en la organización económica mundial son las telecomunicaciones. La red de fibra óptica que envuelve el planeta transmite datos a la velocidad de la luz y permite así la comunicación en tiempo real. La comunicación confiable, en casi todo el mundo barata, hace posible el diálogo entre las computadoras del corporativo de una empresa en Irlanda con su almacén de datos en Canadá, su centro de diseño en Italia, su fábrica de programas en la India, sus plantas de producción en China, México y Tailandia, simultáneamente con la interacción de la empresa con sus proveedores, sus clientes y sus medios de transporte en el mundo entero.

Este fenómeno, único en la historia, permite que sin necesidad de emigrar, fenómeno doloroso para quienes lo emprenden y cada vez más políticamente controvertido para las poblaciones receptoras, puedan emplearse y mejorar su condición económica centenares de millones de personas dentro de países que empiezan a salir aceleradamente de su atraso.

Al poblado Alsmeer, en Holanda, concurren diariamente vendedores de flores provenientes de Colombia, Kenya y Zimbabue, entre otros, a ofrecer siete millones de rosas, tres millones de tulipanes, dos millones de crisantemos, más ocho millones de plantas y macetas de diversas variedades. Las flores se colocan a lo largo del equivalente de ciento veinticinco campos de fútbol.¹ La organización

¹ John Macmillan, *Reinventing the Bazaar, a Natural History of Markets*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 2002.

de este centro comercial es tan eficiente que las flores viajan a Holanda, son objeto de pujas de parte de dos mil compradores, y en un lapso asombrosamente corto alcanzan a llegar frescas a sus destinos, muchos en ultramar. En menos de un día, un embarque sale de Nairobi, se comercializa en Alsmeer y está en las manos de una enterneada novia en Seúl. Dos mil compradores acuden simultáneamente a este mercado, ofreciendo sus posturas a través de medios electrónicos dentro de la famosa “subasta holandesa”.

El ejemplo anterior es elocuente porque la subasta holandesa de flores tiene cientos de años, pero su alcance internacional y los medios para realizarla han experimentado recientemente una revolución. Esta revolución es a lo que se refiere Guillermo de la Dehesa en su estupendo libro.

El trabajo del autor aborda varios de los aspectos que se han controvertido alrededor de este fenómeno explosivo que se ha bautizado con el nombre de *globalización*. Lo hace con un manejo diestro de la teoría y mediante una recopilación de trabajos empíricos que interpreta. Su obra es de una enorme trascendencia, porque se ha difundido un gran número de nociones falsas acerca de los resultados de este fenómeno mundial, que le han permitido a algunos gobernantes justificar políticas empobrecedoras de sus poblaciones pero con atractivos populistas que, frente a ciudadanos mal informados, sirven, al menos en el corto plazo, para atraer votos.

Las conclusiones principales de Guillermo de la Dehesa sobre los efectos de la globalización se pueden resumir en lo siguiente:

— Al mismo tiempo que se ha acelerado la globalización durante las últimas dos décadas, se ha dado una muy significativa reducción mundial de la pobreza absoluta.

— No obstante el “enorme crecimiento de la población en los últimos veinte años, la reducción de la pobreza en términos relativos ha sido espectacular”.

– Es interesante notar la diversidad geográfica de estos efectos: donde no se aprecian disminuciones en la pobreza absoluta y relativa es en África, y con efectos leves, Latinoamérica. La primera sin reformas estructurales en su conjunto y la segunda con pocas reformas, algunas mal instrumentadas y en todo caso, con gran lentitud en su andar.

– Por lo que respecta a la desigualdad, la conclusión es que ha tenido una ligera disminución y que, en los países en los que ha aumentado, como en China y la India, se debe a que ha subido relativamente más el ingreso de las personas de mayor capacidad económica, y no porque se haya empobrecido el resto de la población.

– Otro argumento es que la globalización ha creado emporios empresariales con un poder superior al de los Estados. Los hechos ciertamente no corroboran esa opinión: la Comunidad Económica Europea ha impedido fusiones y dictado medidas de competencia que han afectado a corporaciones internacionales de las de mayor tamaño; lo mismo ha sucedido tratándose de autoridades reguladoras de Estados Unidos, en ambos casos con efectos incluso extraterritoriales. La regulación o soberanía de otros Estados tampoco se ha visto impedida para dictarle normas a la inversión extranjera.

– También aborda Dehesa la acusación relativa a la explotación de la fuerza trabajadora de los países emergentes. Sin duda que la inversión ha fluido hacia lugares en donde, además de otras condiciones, es competitivo el costo de la mano de obra. La pregunta pertinente no es, sin embargo, si se está aprovechando el bajo costo de la mano de obra, sino qué ha sucedido con el bienestar económico y los salarios de esos trabajadores. La evidencia empírica recopilada por Dehesa muestra que las empresas extranjeras “pagan salarios más elevados que los de las empresas nacionales y sus condiciones de trabajo

son siempre mejores que las generales de los países donde se ubican, además de darles a sus empleados más formación y mejores condiciones de retiro”.

– Sin embargo, no todo es color de rosa en el entorno del comercio internacional y de la globalización. Los gobiernos de los países desarrollados perjudican a los trabajadores más pobres del resto del mundo, a través de barreras al comercio en productos agrícolas y de los subsidios a sus agricultores, y de la reducción que ha tenido la ayuda oficial a los países más necesitados. Pero el autor hace ver que estas políticas de los países desarrollados no tienen que ver con la globalización, sino con la falta de la misma.

¿Qué advertencias o recomendaciones contiene la obra? Una sobre los peligros de una rápida apertura de la cuenta de capitales. Quizás éste sea el único aspecto en el que tendría una diferencia de matiz con el autor. Me parece que la multitud de crisis que hemos presenciado durante los últimos años, digamos a partir de las de Chile y México en 1982, tienen que ver con el mantenimiento de tipos de cambio fijo combinados con uno o dos de los siguientes elementos: la pobre supervisión de la banca o los déficit presupuestarios, o ambas condiciones. Dadas estas dos condiciones, las crisis habrían aparecido aun sin apertura al movimiento de capitales

Otro señalamiento del autor tiene que ver con las privatizaciones. Él critica el uso del producto de la venta de activos públicos para financiar gasto, y no para retirar deuda pública, así como la creación o mantenimiento de monopolios a partir de las nuevas empresas privadas.

Una lección más de este trabajo es que las barreras a la globalización, tales como los aranceles, controles cuantitativos, reglamentación asfixiante, límites a la inversión extranjera, etc., equivalen a la acción de los partidarios del ludismo del siglo XIX, que destruían la maquinaria moderna con el objeto de mantener los empleos.



MEXICO NUEVO SIGLO

No te pierdas este mes
México Nuevo Siglo
presenta :

- Maximiliano y Carlota II:
El poder y la alcoba
- Maximiliano y Carlota III:
El drama en Querétaro
 - Antonio López de Santa Anna:
El seductor de la patria
- Radiografía del cacique mexicano

CANAL 2
• Domingos 23:30 hrs.
CANAL 2
• Sábados 12:30 hrs.
CANAL 4
• Lunes 23:30 hrs.

www.clio.com.mx

En suma, por la riqueza de material informativo y su inteligente argumentación, así como por su trascendencia, sin duda la obra de Guillermo de la Dehesa es lectura obligada para todos los interesados en las políticas públicas. —

— FRANCISCO GIL DÍAZ

CUENTO

CONJETURAS DE UN AUTOR SEGURO



Javier García-Galiano, *Historias de caza*, Ficticia, México, 2003, 90 pp.

En sus pliegues más oscuros, la vida enseña la desconfianza tanto como el empeño, el recelo tanto como el ardid, el cálculo en la misma proporción que el encono. En los cuentos de Javier García-Galiano, probado autor que descuella con margen amplio en la generación de los nacidos en los sesenta, circula aquel tono ensombrecido en el que cuentan sobre todo la conjetura (concepto que, por lo demás, aparece con frecuencia en estos textos) como único modo de enfrentar el desconcierto multiplicado, la obsesión reciclada como motor de salvación posible dentro de cada una de las situaciones límite que sobrevienen, la esperanza como hábito que va tornándose modo díscolo de supervivencia, la traición como señal de destino, vía siempre a la mano, explicación de un mundo sin valores.

En *Historias de caza*, García-Galiano (Perote, Veracruz, 1963, según hipotético registro en la solapa del volumen) ha reunido siete cuentos de factura justa y

de aliento admirablemente sostenido más allá de la dimensión de cada pieza. La última del libro, por ejemplo, es la más extensa, y no recuerda poco, en vista de las líneas cruzadas de su trama, la novela *Armería, un libro vaquero*, de reciente aparición también y primera de este prosista singular. Se desenvuelve su historia en la Guerra Cristera y está dominada desde su comienzo por un valor negativo, encarnado en la impostura: la presencia de un padre de la Iglesia perseguida que en realidad no es un padre, sino más bien un aventurero que ha asumido su destino luego de ver trunca su formación eclesiástica. Es notable cómo la impostura original sirve para dar el tono a toda la narración: ni la amistad entre el cura falso y el militar que lucha contra los cristeros será una amistad cierta, ni los motivos del impostor ni los del coronel serán los de la fe o la legalidad. Como trasfondo, para dar el sentido pleno del relato (su sinsentido), está la presencia de una mujer que, tras su fachada piadosa, atesora argucias y destrezas para la batalla y el engaño. Las grandes causas caen así derribadas no tanto por las balas de los ejércitos enfrentados, sino más bien por las que entrecruzarían hombres de condición mezquina.

Ronda el engaño en cada una de las perfiladísimas páginas de estas *Historias*. A veces lo hace con especial, bien administrada sutileza, como en “Cartografía fantasma”, donde las luces de Borges (figura cara a García-Galiano) no dejan de ser perceptibles. Aquí el juego es redondo: la ilusión teje la realidad y sus nudos, desata búsquedas, lucubraciones, afanes inocentemente destinados a la esterilidad a partir de una ocurrencia que posee un trasfondo romántico. Aparece también, de nuevo en la forma de la impostura, en “Grenzgänger”, una historia terrible y poblada de aciertos: el cartero que va dejando de hallar a quién entregar las cartas conforme va perdiendo la ciudad que amó calle tras calle; el hombre dominado por la mujer eternamente insatisfecha y exigente, herida por las insuficiencias del otro, a las que tanto contribuye (en esta línea, García-Galiano despliega un

afortunado humor); la sinrazón de la guerra, que sitúa entre sus primeras víctimas el sentido común; la irrupción, en la casa derruida (nueva “casa tomada”), de la amenaza personificada en una presencia desconocida y enigmática, insondable y hermética, involuntariamente mordaz desde su carácter falso, tramposo. Con todo, la historia deja suficientes rendijas para de modo sorpresivo alcanzar al lector con una distanciada ternura.

Decía Cesare Pavese que lo peor de un sueño es su cumplimiento en la realidad. Algo peor debe suceder con la venganza, sueño negativo, aun con su presunta dulzura. “Uruguay. Historia de una calle” es el cuento de aquella venganza que no puede alcanzarse no sólo porque es falsa su probable inminencia, sino porque sus motivos son igualmente falaces. El azar va acomodando las piezas, tendiendo las piezas, desenmascando al asesino y al parecer lo ha puesto al alcance de la mano. ¿Pero por qué no pensar, conjeturar que el azar tomó derroteros distintos y que en este caso sólo parece haber llegado hasta su descubridor para engañarlo? Evidentemente esto es lo que no se piensa conforme se arma el rompecabezas. El cuento registra un proceso frecuente, que lleva a seguridades erróneas, a injusticias, a trampas, sospechas que dejan de serlo pronto para ser certificaciones expedidas sobre caminos torcidos.

La venganza, en reciprocidad a la verdad, no llega a cumplirse.

Un buque granelero va quedando habitado sólo por el tedio, el desconcierto, la esperanza evaporada. Unos cuantos hombres quedan de una tripulación que ha abandonado la nave luego de que su capitán fue el primero en desaparecer. Cuento perfecto de conjeturas y sospechas, “La dársena” es la historia de un naufragio, pero sobre todo la de una sofocante circulación de soledades que se cruzan siguiendo un destino que sólo consiste en navegar, avanzar, zarpar de nuevo y que fuera de este ciclo no tiene sentido alguno. Algunos se habían salvado, pero no vencieron la melancolía. —

— JUAN JOSÉ REYES

NARRATIVA

LA HUELLA DEL ANDARRÍOS

J. M. Coetzee, *Elizabeth Costello*, Mondadori, Barcelona, 2004, 240 pp.

Decir que ciertos libros pueden cambiar —y en efecto cambian— nuestras vidas es un lugar común aunque insoslayable. Para J.M. Coetzee, uno de esos libros fue *Robinson Crusoe*, la novela publicada en 1719 e inspirada en un personaje real: el marinero escocés Alexander Selkirk, que en 1704 fue abandonado a su suerte en una pequeña isla del archipiélago Juan Fernández, ubicado a setecientos kilómetros de la costa de Chile, donde tuvo que sobrevivir durante cuatro años. Según refiere el propio Coetzee, su primer contacto con este libro seminal ocurrió en 1948 o 1949, cuando tenía apenas ocho o nueve años: “Yo, o ese a quien llamo yo —dice, haciendo gala de la estrategia diseñada para *Infancia y Juventud*, tomos en los que da una vuelta de tuerca al género autobiográfico al reinventarse desde la lejanía de una tercera persona—, descubrí entonces y leí con la mayor atención aquella historia del hombre arrojado a una isla a la que convierte en su reino. Había alguien más en la historia, un tal Daniel Defoe. ¿Cuál era su papel? ¿Cómo encajaba él dentro? Decían que era el autor pero yo no lo entendía porque a mí, quien me estaba narrando el relato era Robinson Crusoe. Así que, ¿quién era Defoe? ¿Un apodo de Robinson Crusoe?” Con el tiempo, estas dudas se acendrarían y nutrirían una fascinación literaria que ha rendido frutos impecables: de *Foe*, novela en la que Coetzee lleva a buen puerto la reescritura o contraescritura del libro que lo imantó desde niño, al prólogo a la edición de *Robinson Crusoe* aparecida en 1999 en la colección *World’s Classics* de la Oxford University Press; de “Realismo”, primera de las ocho lecciones que integran *Elizabeth Costello*, a “Él y su hombre”, discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura 2003, donde el sudafricano trata de despejar las

inquietudes que le fomentó —y todavía le fomenta— el clásico de Defoe.

Detengámonos en los últimos dos textos. En “Realismo”, Coetzee pone en mente de su tocayo John, el hijo mayor de su alter ego Elizabeth Costello —creador y criatura son vegetarianos y viajan por el mundo dictando conferencias, luchando siempre por separar la vida pública de la vida privada—, esta reflexión:

Dar los detalles y permitir que el significado aflore por sí mismo: un procedimiento acuñado por Daniel Defoe. Robinson Crusoe, varado en una playa, busca a sus compañeros de tripulación. Pero no hay nadie. “Desde entonces nunca vi ni supe nada más de ellos, ni vi el menor signo —dice—, excepto tres de sus sombreros, una gorra y dos zapatos que no formaban pareja.” Dos zapatos desparejados [...] cesan de ser calzado y se vuelven evidencias de muerte, arrancadas por el mar furioso de los pies de los ahogados y lanzadas a la costa. No hay palabras grandilocuentes, no hay desesperación: sólo sombreros y gorras y zapatos.

En “Él y su hombre”, por otra parte, el sudafricano imagina a un Crusoe que deambula por los muelles de Bristol evocando su experiencia como naufrago material y espiritual:

De repente, en su isla, se encontró un día con la huella de un hombre en la arena. Era una huella, y por tanto una señal: la señal de un pie, de un hombre. Pero también de muchas otras cosas. “No estás solo”, decía la señal. Y también: “No importa hasta dónde navegues, no importa dónde te escondas, serás encontrado.”

Aunque en un primer instante así se antoja verlo, esa huella no la pudo estampar ninguno de los zapatos desparejados que Crusoe localiza al principio de su aventura. Acudiendo a la alegoría, un temblor que recorre su obra de punta a punta —“Como internarse en una alegoría”, piensa Elizabeth Costello en “Cuando

una mujer envejece”, colofón de las ocho lecciones publicado por *The New York Review of Books*—, esa huella no es otra que la que Coetzee ha dejado en la vasta playa de la literatura moderna y que en su título más reciente, un híbrido hermoso que fusiona la narrativa y el ensayo, gana nitidez y profundidad.

Y a todo esto, ¿quién es el espejo femenino en el que el sudafricano ha decidido reflejarse desde 1997, año en que la revista *Salmagundi* acogió una versión inicial de “Realismo”? Sabemos que Costello nació en Melbourne en 1928, doce años antes que su creador, y que es autora de dos tomos de poesía, un libro de corte ornitológico y un considerable corpus periodístico y nueve novelas, la más famosa de las cuales (*La casa en Eccles Street*) rescata a Marion, la mujer de Leopold Bloom. (La literatura dentro de la literatura: puesta en abismo que Coetzee practica con pericia. Lo demuestra “Carta de Elizabeth, lady Chandos”, epílogo que dialoga con la célebre misiva de 1902 que Hugo von Hofmannstahl atribuye a Philip, lord Chandos, hijo menor del conde de Bath, quien se disculpa ante su amigo Francis Bacon por “su renuncia total a la actividad literaria”. Von Hofmannstahl fecha su texto el 22 de agosto de 1603; Coetzee, el 11 de septiembre del mismo año, día simbólico como pocos: la “Carta de Elizabeth” apareció originalmente en 2002, en el centenario de la misiva de Von Hofmannstahl, meses después de los atentados terroristas en Nueva York y Washington.) Sabemos también que Costello vivió en Francia e Inglaterra entre 1951 y 1963; que tiene una hermana misionera en territorio zulú, Blanche, quien se hace llamar Sor Bridget y ayuda a niños infectados de sida (nos lo informa “Las humanidades en África”, quinta lección del volumen); que se ha casado dos veces y tiene dos hijos, uno de cada matrimonio: John, maestro de astronomía y física en un instituto de Massachusetts, y Helen o Hélène, encargada de una galería de arte en Niza que conocemos en “Cuando una mujer envejece”. Pero estos datos carecerían de relevancia si no supiéramos además que la autora australiana se asume como secre-

taria de lo invisible, magnífico concepto de Czeslaw Milosz, y que, así como Crusoe al cabo de salir de su isla, tiene la impresión—compartida por Coetzee—de que en el mundo se habla demasiado. Que la obsesiona el lado oscuro de la historia, o lo que es igual, la enfermedad y la frivolidad de Clío, obsesión que su creador ha logrado traducir al idioma novelístico. Que admira a pie juntillas a Franz Kafka, ese gran héroe que “permanece despierto durante los lapsos en que nosotros dormimos” y que ella usa de ejemplo en varias lecciones: “Realismo”, “La vida de los animales I. Los filósofos y los animales” y “En la puerta”, fábula kafkiana donde las haya. Que su posición frente a la escritura se sintetiza del siguiente modo: “El desafío es la otredad. Crear a alguien distinto a uno mismo. Crear un universo donde pueda moverse a sus anchas.” Y que, para acabar, admite que “ha vivido de la ambivalencia. ¿Dónde estaría el arte de

la ficción si no existiera el doble sentido? ¿Qué sería la vida misma si sólo hubiera águila o sol y nada en medio?”

Ese justo medio es la zona que Coetzee ha elegido, sí, para moverse a sus anchas. Una zona en la que la mezcla de materialidad y espiritualidad—la pugna entre vida exterior y vida interior—experimentada por Crusoe en su exilio insular adquiere nuevos visos merced a Elizabeth Costello, quien luego de meditar sobre el mal o la tensión erótica entre humanos y dioses se nos ofrecerá roncando en un avión rumbo a Los Ángeles (“Realismo”), o evocando el affaire con un poeta nigeriano durante un viaje a Kuala Lumpur (“La novela en África”), o llorando desconsolada en el auto de su hijo John (“Los filósofos y los animales”), o recordando la ocasión en que modeló con los pechos desnudos para un acuarelista recién sometido a una laringectomía (“Las humanidades en África”), o conversando

con su hija Helen sobre un insecto acuático (“Cuando una mujer envejece”):

—El andarríos o mosca de patas largas [...] cree que sólo busca comida cuando de hecho sus movimientos trazan en la superficie del estanque, una y otra vez, la más bella de las palabras, el nombre de Dios. Los movimientos de la pluma sobre el papel trazan el nombre de Dios, algo que tú, desde la distancia, puedes apreciar. Yo no puedo verlo.

—Sí, como quieras [responde Helen]. Pero más que eso. Tú enseñas a la gente cómo sentir. A fuerza de gracia. La gracia de la pluma que sigue las evoluciones del pensamiento.

La gracia, añadamos, con que cada libro de J.M. Coetzee imprime una huella indeleble, no en la superficie, sino en el alma del lector. Y *Elizabeth Costello* no es la excepción. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Ayúdanos a mantener con vida a México.



Philips comprometido con la conservación de la naturaleza
Lanza la tercera
Guía Ecoturística de México.

Ya está a la venta.

Arma tu colección, adquiriendo las Guías
Península de Yucatán y Mar de Cortés.

PHILIPS

Let's make things better

www.philips.com.mx

DE VENTA EN LOCALES CERRADOS • PUESTOS DE PERIÓDICOS • www.clio.com.mx